

10



AMOR y CINE



20 cts.

**Lily Damita tuvo una aventura
de amor en Barcelona**

AMOR Y CINE

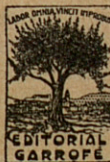
Colección semanal

Núm. 10

LILY DAMITA tuvo una aventura de amor en Barcelona

POR

ÁNGEL MARSÁ



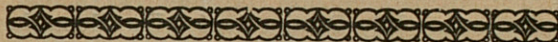
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

Unión, 19
BARCELONA

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—Barcelona



PROLOGO

LAS PANTORRILLAS DE LILY DAMITA

Lily Damita, la encantadora «star» de «La Poupée de Paris», tiene unas pantorrillas soberbias. Eso lo sabe todo el mundo, porque en todas las pantallas del globo se han reflejado alguna vez las deliciosas extremidades inferiores—alguien aficionado a los retruécanos diría que no son inferiores, sino superiores—de la genial artista cinematográfica.

A raíz de la estancia de Lily Damita en Barcelona, se aseguró que las principales intérpretes de sus películas eran sus pantorrillas.

Ella, contra lo que se dijo, no tomó el pipero como una censura, sino como una galantería.

En realidad, las mujeres han preferido siempre, por encima de la gloria, los elogios a su belleza.

* * *

En cuanto Lily Damita llegó a Barcelona, la simpática estrella recibió en el Hotel Ritz, donde se hospedaba, una carta.

Como eso ocurría el mismo día de su llegada, Lily Damita rasgó con gran extrañeza el sobre. En Barcelona ella no tenía amigos; de nadie conocido, pues, debía ser aquella carta.

Ante un sobre cerrado, de letra desconocida, se siente siempre una gran inquietud. ¿Qué alegrías o qué tristezas nos traerá aquel pliego?

Lily estuvo un momento pensativa, dando vueltas entre los dedos a la carta misteriosa. Por fin, decidió abrirla y leyó:

«Señorita: Debo pedirle perdón por el atrevimiento que representa dirigirme a usted en el tono que me veo obligado a hacerlo. Pero no tengo más remedio.

»Yo bien quisiera dirigirme a usted con los labios desbordantes de madrigales y la pluma mojada en zumo de rosas. Desgraciadamente, eso no es posible. Soy torpe para el madrigal, y mi pluma sólo sabe trazar cartas comerciales. Así, pues, me habrá de perdonar si la saludo a usted al llegar a Barcelona con una carta comercial.

»Al grano, señorita. Soy fabricante de medias de seda, y puedo ofrecerla hasta 100.000

pese'as por algo muy sencillo. Sólo por dejarse sacar un molde de sus pantorrillas y por dejárselas retratar en varias poses distintas.

»¿Hace? Si usted no dispone lo contrario, mañana por la tarde tendré el honor de besar sus pies en el Hotel y repetirle verbalmente mi oferta.

»Rogándole de nuevo me perdone, quedo muy devoto suyo y servidor,

«Ricardo Smerill.»



PRIMERA PARTE

I

CINCO AÑOS ATRÁS, EN PARÍS

Doce campanadas habían caído de un lejano reloj de torre. Hora del aquelarre y de las brujas.

Pero las brujas paseaban por las aceras de la plaza Pigall's, vestidas a la última moda, con las caras maquilladas y los labios de vermellón.

Y el aquelarre rugía en el cabaret del «Pájaro Azul», estremecido de bullicio galante, que se exaltaba en los máximos estertores coreográficos. El «jazz-band» gemía con bárbaras estridencias de música negra.

Ramiro García Velasco, joven y notable pintor español, sentía una extraña predilección por este cabaret.

Su aureola de artista triunfante atraía hacia él todas las miradas. Ramiro se limitaba a be-

ber vasos de whisky uno tras otro, lentamente, como cumpliendo los ritos de un culto misterioso.

Ante su mesa, envuelto en el humo que despedía su pipa cargada de tabaco turco—con un lejano perfume a opio—el pintor iba desgarrando en ideas vagas una melancolía infinita, un hondo cansancio de vivir, un agotador «spleen».

Sus dedos, blancos, finos, como de cera, se engarfiaban alrededor del vaso colmado de la rubia bebida diabólica.

Sus ojos, sumidos en los anchos árculos morados de las ojeras, tenían un brillo febril y malsano.

De pronto, la sala del cabaret quedó sumida en una discreta penumbra roja, y en el centro, donde el cono de luz blanca del reflector dibujaba un gran círculo movable y oscilante, apareció una enloquecedora figura de mujer, apenas cubierta por sutilísimos velos.

La danzarina empezó a vibrar en un ritmo estremecido y pagano. Su danza era como una resurrección milagrosa de lejanas fiestas mitológicas.

Ramiro quedó absorto ante la maravillosa visión... Un raro sortilegio parecía pesar sobre el espíritu del pintor.

En éxtasis profundo, se advertía que la bailarina era el centro alrededor del cual giraban todos sus pensamientos en mágico torbellino.

Nada existía para él, fuera de aquella turbadora visión.

Y lo que más cautivó la mirada encendida del artista fueron las pantorrillas de la danzarina, dos pequeñas columnas sensuales de perfecta escultura, de línea impecable.

¡Oh, las pantorrillas de aquella mujer! ¡Qué prodigio de forma, qué arrebatadora perfección!

Así estuvo absorto Ramiro largo rato, hasta que la visión se esfumó y la sala del «Pájaro Azul» quedó nuevamente iluminada y sonora.

Entonces, como loco, salió a la puerta del cabaret. Avidamente buscó la cartelera, para allí cazar el nombre de la danzarina única.

En grandes letras de oro leyó: LILY DAMITA. Había debutado aquella noche.

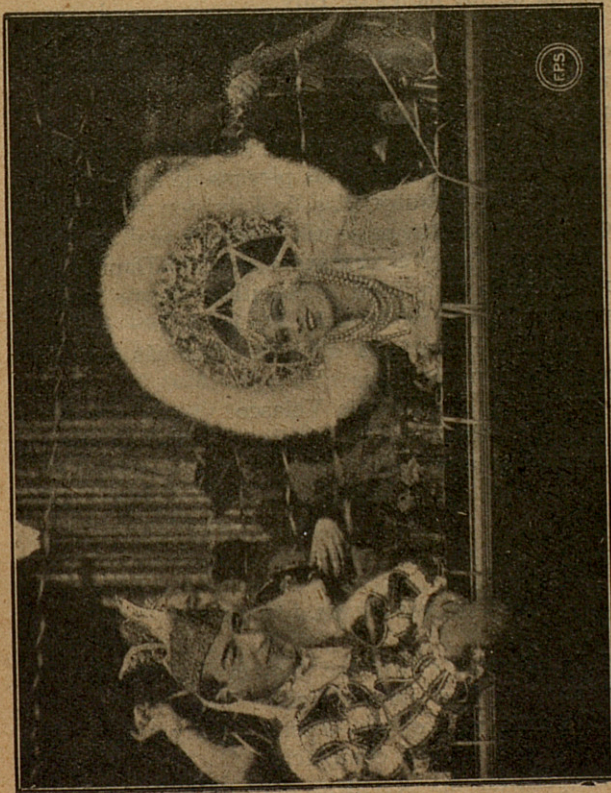
II

LILY DAMITA Y EL PINTOR GARCÍA VELASCO

A los ocho días, aquel nombre llenaba París. La genial danzarina había triunfado ruidosamente. Lily Damita adquirió la popularidad con esa rapidez que sólo consiguen los artistas completos.

El «Pájaro Azul» llenó su fachada con la caligrafía eléctrica del nombre famoso.

Y Ramiro García Velasco no dejó una sola



Lily Damita, triunfante en la pantalla, despierta las más cegadoras pasiones...

noche de ir al cabaret a contemplar la magnificencia de los bailes de Lily.

Su sensibilidad de artista le empujaba hacia aquel cuerpo perfecto y le excitaba a conseguir de él lo que mejor y más espléndidamente lucía: sus pantorrillas.

Sonó con un cuadro que le haría inmortal, y que podría titularse «Las piernas de la bailarina». Con las pantorrillas de Lily por modelo ¡qué obra maestra se sentía capaz de realizar!

Una noche, en el camerino de Lily Damita fué colocada una gran «corbeille». Entre las rosas, un billete perfumado. Decía:

«A Lily Damita, la obra de arte más perfecta de la naturaleza».

Era de Ramiro García Velasco.

Aquella misma noche, el pintor visitó en su camerino a la bailarina.

III

«LAS PIERNAS DE LA BAILARINA»

Lily Damita y Ramiro García Velasco siguieron viéndose durante varios días.

El pintor la propuso hacerle a Lily un retrato, y ella accedió complacida.

Empezaron las sesiones. Pero a Ramiro no le interesaba la serena belleza del rostro de Lily ni la plástica perfección de su cuerpo.

Le interesaban sus pantorrillas, y ante ellas abocetó su cuadro «Las piernas de la bailarina», que habría de hacerle célebre.

Lily advirtió de pronto los propósitos del pintor. Retrataba sus pantorrillas, no a ella.

Y se negó en redondo a seguir posando ante el artista.

—Mis piernas—le dijo—no pasan de ser un complemento de mi persona. Nunca permitiré que ellas triunfen solas.

Fueron inútiles cuantas súplicas hizo Ramiro. La bailarina no quiso posar más y le amenazó con romper toda amistad con él si se empeñaba en su extraña pretensión.

Ramiro sintió miedo. Comprendió que sin la presencia de Lily—es decir, de las pantorrillas de Lily—su vida carecería de objeto.

Y se juró a sí mismo conseguir el amor de aquella hermosa mujer, y con él la posesión de aquellas preciosas extremidades, que con una especie de locura mística había ya convertido en fetiches.

IV

LA BAILARINA Y EL PINTOR SE CASAN

Y Ramiro hizo a Lily proposiciones de matrimonio.

La bailarina se había convertido en la mujer de moda en París.

Su nombre lo llenaba todo. La maravilla de su arte enloquecía al público, y los contratos fabulosos para todo el mundo llovían a los pies de Lily.

En su casa siempre había varios agentes que le ofrecían contratos en blanco.

Cuando Ramiro García Velasco habló a Lily Damita de matrimonio, ella tuvo el impulso de contestar con una negativa.

Sin embargo, no lo hizo. ¿Amor? ¿Curiosidad? ¿Cálculo? Acaso las tres cosas a la vez. Ramiro era joven, guapo, rico y célebre.

Nadie es capaz de descifrar el enigma que encierra el corazón de las mujeres.

Lo cierto es que ella dió su asentimiento a la petición del pintor, y la boda fué fijada para una fecha próxima.

Una sola condición impuso Lily. Una condición indiscutible: que ella debía seguir trabajando, debía continuar manteniendo viva la llama de su arte inimitable.

Ramiro, al principio, dispuestó a aceptarlo todo con tal de lograr sus propósitos y de satisfacer su extraña y morbosa pasión, accedió.

Pero cuando estaba próxima la boda y creía que Lily ya no podría volverse atrás—todo París hablaba del casamiento del pintor célebre con la bailarina de moda—Ramiro decidió de-

mostrar que él no era partidario de que su esposa se mostrase al público en sus bailes.

Unos extraños celos se apoderaron del pintor. ¡Qué terrible desasosiego iba sintiendo al pensar que todo el mundo podría ver las piernas únicas y divinas de Lily!

V

DESACUERDO

La víspera del día fijado para la boda, Ramiro no pudo disimular más.

Estaba en casa de su prometida, hablando con ella, cuando un criado anunció la visita del señor Vermond.

El señor Vermond era uno de los agentes artísticos más conocidos en París.

—¿A qué viene aquí el señor Vermond?—preguntó, intranquilo, Ramiro.

—¿A qué ha de venir? Seguramente a que le firme algunos contratos para la próxima temporada.

Ramiro no se pudo reprimir.

—¡Sin embargo, eso no será, querida!—dijo nervioso.

Lily contempló absorta, entre irónica y extrañada, a su prometido.

—¿Y quién lo impedirá?—preguntó.

Los dos novios estaban frente a frente, mi-

rándose con dureza a los ojos. Parecían enemigos. Acaso en aquel momento lo eran.

—¡Yo!—dijo con energía Ramiro.

—Eso lo veremos—replicó, desafiadora, Lily Y dirigiéndose al criado, ordenó:

—Que pase el señor Vermond.

Ramiro dijo fríamente:

—¡La mujer que lleve mis apellidos no puede ser carne de tablado!

Lily se estremeció, en el colmo de la indignación. Aquellas palabras dichas en un tono tan humillante la hirieron en lo más íntimo de su ser.

Hubiera replicado como merecía a la insolencia, pero en aquel momento hizo su entrada en la habitación el señor Vermond, que venía con un fajo de papeles en la mano.

Lily le salió al encuentro:

—Le ruego que vuelva dentro de un par de horas. Quiero ultimar algunos pequeños asuntos con mi prometido...

VI

EMPIEZA LA LUCHA

Al quedar de nuevo a solas con Ramiro, Lily no pudo contener su indignación.

—¡Miserable!—murmuró, dirigiendo al pin-

tor una mirada en la que brillaba todo el odio que puede albergar un alma de mujer ofendida en lo más sensible.

A Ramiro no pareció preocuparle mucho el insulto.

Con un aplomo que debía ser fingido, dijo:

—No se intranquilice, Lily. Con su belleza y con el auxilio de mi nombre, no le será difícil triunfar en sociedad... Y esta clase de triunfos son mucho mejores que los de la escena...

Y se inclinó ante Lily en una reverencia.

Esto produjo una mayor excitación en ella. Y dando a sus palabras toda la fuerza de una energía inquebrantable, replicó:

—¡Nada me importan su sociedad y usted, señor García Velasco! ¡Hemos terminado!... Desde este momento queda roto nuestro compromiso de matrimonio.

Y uniendo la acción a la palabra, sacó precipitadamente de su dedo la sortija de prometida y se la arrojó al rostro a Ramiro.

Es'e no pareció inmutarse.

—¿Quién no aguanta insultos y agresiones por tener el placer de compartir la vida con usted, deliciosa fierecilla?

Y sonriendo con su acostumbrada sonrisa de dominador de mujeres, añadió:

—No olvide que soy hombre de mundo, conocedor de la vida y del corazón humano... Sé lo que quiero, y no acostumbro a cejar cuando me propongo algo... ¡Y siempre salgo con la

mía ! ¡ Usted, Lily, quiera o no, será mi esposa !

VII

APARECEN UNAS DEUDAS

Lily, excitadísima, gritó :

— ¡ Nunca, nunca ! ¡ Antes la muerte ! ¡ Salga inmediatamente de esta casa !...

Iba a llamar al criado, para hacer expulsar a Ramiro, que sentado en una butaca fumaba tranquilamente su pipa, cuando hizo su entrada el señor Vermond.

— ¡ Ya estoy de vuelta ! ¿ Se han puesto, por fin, de acuerdo los felices novios ?

Lily trató de disimular :

— Sí... Claro...

Ramiro intervino :

— Ahora, en presencia de usted, ultimaremos el asunto...

Vermond no pudo reprimir un gesto de contrariedad, que fué advertido en seguida por Lily.

— Entonces—dijo ésta—, ¿ ya se conocían ustedes.

— ¿ Cómo no, querida ?—replicó Ramiro—. Dice si nos conocemos, señor Vermond. ¡ Ja, ja !

— Sí, en efecto. Nos conocemos de mucho tiempo. Incluso hemos tenido negocios juntos.

Y para tranquilizar a Lily, añadió :



La bailarina de las piernas maravillosas es protagonista, en el cine como en la vida, de muchos amores trágicos

—Todos los «affiches» del Casino, la temporada pasada, fueron pintados por su prometido, señorita.

Cambió rápidamente de conversación el agente. Dejando el fajo de papeles que llevaba en la mano encima de la mesa, dijo:

—Sus contratos para este invierno están ya preparados, señorita. Sólo falta que usted los firme.

Pero antes de que Lily pudiese hablar, Ramiro se levantó y adelantándose hacia donde estaba Vermont, le dijo:

—Señor Vermont, la carrera artística de Lily Damita, que mañana ha de ser mi esposa, ha terminado. Lily Damita no bailará más en público.

Lily tuvo un gesto de audacia.

—¡Eso no es cierto!—dijo resueltamente.

Ramiro pareció no haber oído la interrupción.

—La señora de García Velasco tendrá muchas ocupaciones en su nueva vida—dijo sonriendo.

Y con voz áspera añadió, mirando duramente a Vermont:

—Y le advierto, señor Vermont, que si a partir de este momento se atreve a proponerle que firme otro contrato, exigiré a usted que me haga efectivas las deudas que tiene contraídas conmigo, y que parece haber olvidado ya...

VIII

UN CHEQUE Y UNOS CONTRATOS

En la mirada de Ramiro se advertía ese brillo inconfundible que sólo tienen los ojos de los hombres acostumbrados a triunfar siempre y en todo.

Lily estaba intranquila por el giro que iba tomando aquella escena.

Vermont, al oír las palabras de Ramiro, se quedó mirándole sin pestañear.

—¿Y cuánto le debo a usted, señor García Velasco?—dijo al cabo de un rato.

Ramiro sonrió desdeñosamente.

—Mucho más de lo que usted puede ganar en toda su vida. ¡Setecientos mil francos!

—Muy bien, señor García Velasco. Un poco caros me parecen sus trabajos. Pero, en fin... ¡Voy a pagarle ahora mismo!

Y sacando una pluma y un libro de cheque se puso a extender uno.

Ramiro le miraba asombrado.

Cuando Vermont hubo estampado su firma, se le adelantó diciéndole:

—Le advierto que contando con una fuente de ingresos como esta de ser agente de Lily Damita, la cifra me parece insignificante.

Y entregó su cheque a Ramiro, haciéndole una reverencia.

Ante esto, el pintor perdió toda su sangre fría.

La cólera ensombreció su rostro, de ordinario impasible y sereno.

Fuera de sí, se adelantó hacia Vermond y le dijo en actitud amenazante:

—¿Es capaz de interponerse entre mi prometida y yo? ¿Se atreve a...?

Vermond le interrumpió:

—La señorita Lily no necesita tutelas de nadie. Sabe bien lo que le conviene hacer.

Y como si hablase consigo mismo, distraída la mirada y empezando a pasear por la habitación, añadió:

—Después de todo, ella es una mujer de fama, una artista gloriosa, y yo no soy sino su agente... Por lo que respecta al hecho de que el señor García Velasco prohíba a su futura esposa trabajar en la escena, es cuestión en la que no puedo opinar... Jamás me ha gustado mezclarme en asuntos de familia... Yo me limito a preguntar a la señorita Lily si desea firmar los contratos...

Y dirigiéndose a la bailarina, preguntó:

—¿Desea usted firmar los contratos? ¿O prefiere usted que los rompa aquí mismo? A usted toca resolver.

IX

¡LILY DAMITA SEGUIRÁ SIENDO BAILARINA!

Hubo un largo silencio. Un silencio angustioso, terrible, en el que palpitaba una gran inquietud, compartida por todos los presentes.

En medio de aquel silencio, Lily permanecía de pie. Se la notaba irresoluta, titubeante.

Las miradas de los dos hombres estaban fijas en ella con inquietante insistencia.

Se la vió vacilar largo rato. Pasaba nerviosamente una mano por la frente, como para aclarar sus ideas y despejar su cerebro.

Por fin, después de unos minutos de inquietadora incertidumbre, dijo con voz enérgica:

—Sí, señor Vermond. ¡Firmaré los contratos! Lily Damita seguirá siendo bailarina.

Y avanzando hacia Ramiro le dijo resuelta-mente:

—Por lo que a usted respecta, señor García Velasco, puede guardarse los apellidos, que no deberán nunca, en modo alguno, acompañar mi fama, ir unidos a mi prestigio... Creo innecesario decirle que no le amo, que jamás he sentido el menor asomo de pasión por usted... ¿A qué prolongar la farsa? Ignoro qué extraño capricho me impulsó a no rechazar sus ab-

surdas pretensiones. Yo no estoy dispuesta a dejar mi arte por nada del mundo... Y si algún día resolviera sacrificar mi porvenir artístico, sería en honor a un hombre que me hubiese sabido inspirar una de esas grandes pasiones que nos impulsan a ofrecérselo todo, incluso la propia vida... Usted, señor García Velasco, la verdad, no ha sabido inspirarme, con su conducta, un amor así...

X

«LA POUPÉE DE PARÍS»

Lily Damita salió de París para cumplir sus contratos en diversas capitales de Europa.

Ramiro, después de su rotura, se sintió más enamorado que nunca de aquella mujer, o con mayor exactitud, de las piernas de aquella mujer.

Su retrato aparecía en todas las revistas gráficas del mundo. Ramiro coleccionaba avaramente estos retratos, especialmente aquellos en que la bailarina mostraba con mayor esplendor sus piernas maravillosas.

Lentamente fué pasando el tiempo. Para Ramiro era esto una tortura brutal, agotadora.

Su extraño amor degeneró en pasión morbosa.

Con avidez de loco se paraba frente a los

escaparates de las tiendas de medias, contemplando las piernas de cera, que le recordaban vagamente el tesoro perdido, otras piernas de carne y hueso que en aquellos momentos estarían electrizando a muchedumbres enardecidas, con sus coreografías diabólicas...

Una noche quedó Ramiro parado en mitad de la calle. Se hallaba frente a un cine. Entre varios carteles de colores chillones, algo le llamó poderosamente la atención, esclavizándole la voluntad.

¿No era aquella la figura inconfundible de Lily? ¿No eran sus piernas magníficas?

Ramiro se había detenido ante una gran pánoplia llena de fotografías representando escenas de una película. En ellas una bailarina mostraba toda la deslumbrante belleza de su cuerpo.

De pronto, la fachada del cine se iluminó profusamente. Habían sido encendidos unos grandes letreros rojos.

Ramiro leyó: «La poupée de París». Se trataba de una película que estrenaban aquella noche.

Y más abajo, en letras más grandes, un nombre ocupaba toda la fachada:

L I L Y D A M I T A

Era la protagonista de la nueva película. Ramiro sacó un billete y entró en el cine.

XI

LAS PANTORRILLAS EN LA PANTALLA

Cuando en la pantalla apareció la figura de Lily Damita, Ramiro sintió que el corazón le daba un vuelco.

¡Era ella! Su misma cara, su misma sonrisa, sus mismos ojos. ¡Y sus mismas piernas, sus queridas, sus arrebatadoras piernas!

Sentado en su butaca, sufría el más atroz de los suplicios ante aquella sombra animada que le excitaba, que se burlaba de él, que le encebala con sus encantos turbadores.

No lo pudo evitar. Fué un momento de cegadora pasión. Fué un instante en que una nube roja le cubrió la vista y no vio más que aquellas dos piernas bailando ante él la más enloquecedora de las danzas...

Entonces, presa de insospechada fiereza, Ramiro, fuera de sí, loco, se precipitó sobre la tela de la pantalla ante la estupefacción del público.

La sala del cine quedó iluminada. Y Ramiro fué recogido sin sentido del suelo.

Trasladado precipitadamente al dispensario, el médico certificó su estado: enagenación mental.

SEGUNDA PARTE

I

LA CARTA DE RICARDO SMERILL

Han pasado algunos años. Lily Damita, estrella cinematográfica de universal renombre, como antes fué bailarina, ha llegado a Barcelona.

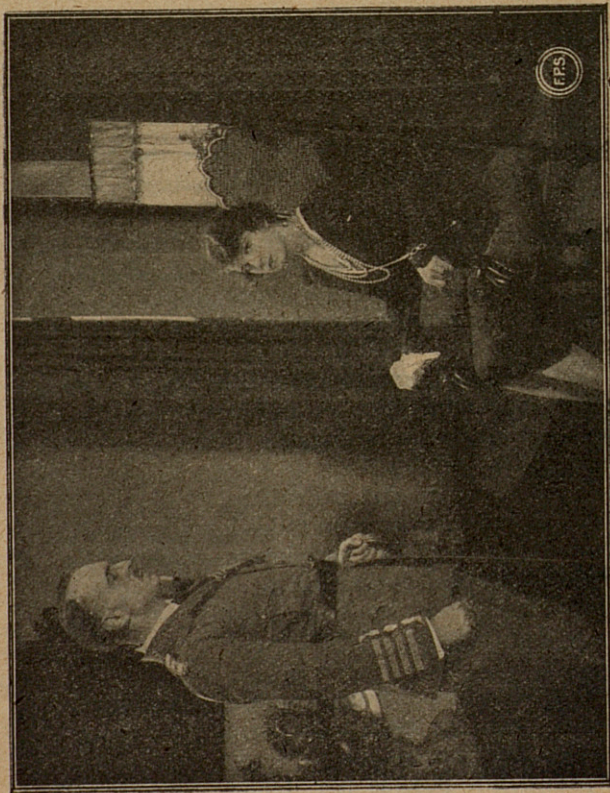
Viene a filmar una película.

En Barcelona, como en todos los rincones del mundo, también se han hecho célebres las pantorrillas de Lily Damita.

* * *

Con la carta que firma Ricardo Smerill en la mano, en la que se le hace tan extraña proposición, Lily permanece pensativa.

¡Cien mil pesetas por dejarse sacar unos moldes y unas fotografías de sus pantorrillas! ¡Qué locura!



*Lily Damita sabe amar en la panfalia como ninguna otra es-
trella del arte mudo*

No piensa aceptar. Le parecería un sacrilegio hacer dinero con un don de Dios como es este de la belleza corporal.

Mañana se lo dirá así mismo al señor Smerill, cuando la visite para repetirle la oferta verbalmente.

II

LILY NO ACEPTA EL TRATO

El día siguiente.

Suena el timbre del teléfono en la habitación de Lily Damita.

Una doncella recibe el recado.

—Abajo dicen que espera el señor Ricardo Smerill.

—Que suba.

A los dos o tres minutos entra en la habitación un caballero elegantemente vestido, de avanzada edad.

Tiene el pelo completamente blanco y lleva un bigote ancho y recortado, canoso también.

Lily Damita le mira con curiosa insistencia.

—¿A quién tengo el honor de saludar?—le dice después de indicarle una otomana para que tome asiento.

—Ricardo Smerill, señorita, el más humil-

de servidor de usted—dice el visitante temblándole un poco la voz.

—Supongo que su visita está relacionada con una carta que recibí ayer...

—En efecto. Mi proposición es firme. Está en pie. Usted tiene la palabra.

—Pues... ¡no acepto!

El anciano palidece intensamente. Lily le sigue contemplando con fijeza.

—Advierta que se trata de una suma...

—Le agradezco mucho su interés, señor Smerill, pero... renuncio a este dinero...

—Son cien mil pesetas...

—Aunque fuesen cien millones... Me parece un sacrilegio hacer mercancía de la belleza de mi cuerpo...

El señor Smerill se levanta, nervioso.

—Entonces...—dice con voz compungida.

—Caballero, lamento que no hayamos podido llegar a un acuerdo, pero...

El anciano, haciendo un gesto de contrariedad, murmura:

—Entonces, señoría, me veré obligado a...

Lily se ha levantado también y le observa con mirada penetrante.

—¿A qué?—pregunta llena de asombro.

III

UN ANCIANO QUE NO LO ES

Pero Lily, que ha descubierto en el rostro del anciano algo extraño, pregunta vivamente:

—¿Por qué, señor García Velasco, se ha disfrazado de viejo para visitarme? ¿Es que temía no ser recibido?

El anciano, perplejo, trata de hacerse oír:

—Señorita... ignoro... ¿a quién... se refiere usted?...

Lily Damita sigue gritando:

—¡No trate de disimular! ¡Le he reconocido en cuanto ha entrado!

El hombre, entonces, se yergue, y arrancándose de un manotazo la peluca y el bigote dice con voz fosca:

—Bien, sí. ¡Soy yo!... Es:oy decidido a todo!

Y dulcificando el tono, añade:

—¡La quiero tanto!

Lily está desconcertada. No sabe qué actitud adoptar.

Decide tomarlo a broma. En el fondo, siente un poco de compasión por aquel hombre que muestra tanta constancia en su extraño amor.

—¡No sea tan vahemente, Ramiro!—le dice

riendo—. Yo creía que me había olvidado ya.

Ramiro cae de rodillas a los pies de Lily.

—¡Olvidarla yo!—suspira lastimeramente—. ¡Olvidarla yo!...

IV

LA LOCURA

Así, arrodillado ante Lily, parece un fanático caído a los pies de la imagen de su devoción.

Tiene los ojos brillantes, con una mirada fría, espectral, siniestra.

—¿Por qué no tiene compasión de mí? ¿Por que no me deja que saque un molde de sus piernas? Con eso ya tendría bastante para nutrir mi amor...

Su cara tiene un no sé qué repelente y terrible. Todo su cuerpo tiembla en violentos estertores.

Lily siente miedo.

—¡Vamos, vamos! Levántese, Ramiro. No sea niño. Yo le daré eso que me pide...

—¿Sí?—pregunta, radiante.

—Sí. Pero ahora váyase.

Ramiro lanza una carcajada estridente.

—¿Irme yo? ¿Y sin sus pantorrillas? No, no...

Y se abraza estrechamente a las piernas de Lily, que al contacto de aquellos brazos de hierro lanza un agudo chillido.

Ramiro, transfigurado en su locura, ríe furiosamente, estentóreamente.

V

EL UMBRAL DE LA TRAGEDIA

Entra la doncella, al oír el grito, en el momento en que Ramiro, que sigue de bruce en el suelo abrazado a las piernas de Lily, se incorpora un poco y saca una navaja de bolsillo.

Al ver el arma, Lily se desvanece. La doncella, saliendo al pasillo, empieza a gritar con desesperada violencia:

—¡Socorro, socorro!

Ramiro, al oír las voces, suelta una carcajada.

—No tengáis miedo—dice con voz tartajosa, de loco—. No le haré ningún mal. Sólo me llevaré las piernas...

Llega gente. Fácilmente logran desarmar a Ramiro.

El, sin violencia, se deja coger el cuchillo mientras va diciendo:

—Si yo quería sólo llevarme sus pantorrillas... Sólo llevarme sus pantorrillas... Sus pantorrillas sólo...

Y cae exánime a los pies de Lily.

EPILOGO

He aquí la aventura de amor que tuvo Lily Damita en Barcelona.

Una aventura de amor, de locura y de muerte... Sus piernas fueron también las principales protagonistas de esta película trágica y real...

FIN

En el próximo número publicaremos:

**El más prodigioso salto
de Ricardito Talmadge**

Una novela sensacional!
económica e interesantísima!

Virgen y deshonrada

POR

CHARLES MEROUVEL

(Colección *Los crímenes del amor*)

Se publica cada semana un cuaderno de gran tamaño con artística cubierta protectora y abundante texto

10 céntimos

La obra completa constará de 50 cuadernos

De venta en todos los quioscos, buenos puestos de periódicos y librerías de las estaciones de ferrocarril

PARA PEDIDOS

EDITORIAL GARROFE

Unión, 19

Apartado de Correos núm. 356
BARCELONA

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12-14.—Barcelona

